



nes, en los destinos de la Iglesia. No dejáremos por esto de confesar que á veces han sido justas las quejas de los que se han lamentado de que algunos jesuitas se hubieran mezclado demasiado en los negocios políticos. San Francisco de Borja, en las circulares dirigidas á los miembros de la Compañía, reprobó con mucha energía esta inmiscuición en los negocios, lo mismo que los trabajos puramente científicos de los jesuitas: «Habeis domado bien el orgullo, les decia, que se fomenta en medio de las dignidades eclesiásticas; pero lo satisfacéis de otra manera por medio de vuestros ambiciosos trabajos.» Se lamenta de que en la admision de nuevas personas se mira más á su aptitud para la ciencia y á sus ventajas temporales, que á la santidad de su vocacion.

Muchos hombres de bien habian reconocido que la degeneracion del clero, y en consecuencia, la ignorancia y miseria del pueblo, habian preparado las vías al protestantismo: hé aquí por qué algunas congregaciones religiosas rivalizaron en celo para remediar á estos tristes males y subvenir á la instruccion popular. Al efecto, era preciso procurar primero la reforma del clero, á fin de que pudiera llenar mejor sus deberes, y con este objeto se formaron:

1.º Los *Capuchinos*. Esta orden manifestó su fuerza y virtud de una manera enteramente distinta de la de los jesuitas. Se propuso combatir el amor á las riquezas y el espíritu mundano de los antiguos conventos degenerados, por medio de una rigurosa pobreza, una abnegacion absoluta y la más completa humildad, y presentarse así como modelo al mundo, y sobre todo al clero parroquial, ayudándolo en el cuidado de las almas. Los capuchinos no fueron más que una modificacion de los franciscanos. La severidad de la regla habia excitado entre estos últimos apasionadas discusiones, y una de ellas fué la que dió origen á la modificacion de la orden, obrada por Mateo de Bassi en el convento de Montefalco. Pertenecia al partido rigorista de los Menores y quiso volver á la orden su severidad primitiva. Empezó por el exterior, añadiendo al hábito de los religiosos una capucha puntiaguda, tal como la ha-

bia llevado San Francisco, segun entónces decian. Despues comunicó sus pensamientos de reforma al papa Clemente VII (1528), del cual obtuvo autorizacion para que sus religiosos llevasen la capucha, se dejasen crecer la barba, viviesen, segun la regla de San Francisco, en ermitas, y se dedicasen especialmente á la salvacion de los grandes pecadores. Conforme á estos austeros principios, las iglesias de los capuchinos no debian tener ningun ornato magnifico, y sus conventos debian ser en todas partes muy sencillos. Desde luego fueron muy útiles, y se hicieron extraordinariamente populares por la intrepidez con que asistieron á los enfermos durante la peste que asolaba entónces á la Italia. Ochino, tercer vicario general de la orden, comprometió grandemente la naciente reforma: despues de haber sido un predicador muy celoso, sedujo á una muchacha, abrazó el protestantismo (1542), se casó, y con su vergonzosa conducta hizo prohibir la predicacion á los capuchinos por espacio de dos años. Pero pronto tomaron nuevo vigor y emprendieron con más brío aún su noble y provechosa carrera. La rápida propagacion de la orden, el favor con que era acogida y los grandes personajes que entraron en ella, como Alfonso de Este, duque de Módena (1626), Enrique, duque de Joyeuse, y otros, prueban cuán popular era esta Orden mendicante y cuán bien correspondia á las necesidades de su tiempo. ¡Lástima que sus fundadores no hubieran comprendido que un instituto semejante, cuidando tan poco de la cultura científica de la mayor parte de sus miembros, no podia ser de larga duracion!

2.º Los *Teatinos*. Desde 1525 se habian asociado muchos prelados en Italia, con el objeto inmediato de cuidar los enfermos y de trabajar por este medio en la salvacion de las almas. Esta obra de caridad fué sugiriendo poco á poco el deseo y el proyecto de mejorar el clero, de manera que, puro en costumbres, instruido y desinteresado, desempeñase las funciones del culto con dignidad, proscibiese del lenguaje del púlpito toda expresion baja y profana, se dedicase al servicio de los enfermos, y auxiliase á los reos condenados á muerte. Puede



considerarse á San Cayetano de Tiena como el fundador de esta asociacion. Por consejo de su confesor se fué á Roma, donde supo granjearse el afecto de Caraffa, obispo de Chieti (*Theate* en latin), y consiguió que aceptara el cargo de superior de la sociedad. Caraffa, hecho papa con el nombre de Paulo IV, dió el nombre de Teatinos á los miembros de la orden, confirmada ya por Clemente VII en 1524, con el de canónigos regulares de Letran. Como predicadores y misioneros, los teatinos llegaron á ser el plantel del alto clero. Segun sus estatutos, no debian pedir nunca nada, sino vivir bajo la proteccion de la Divina Providencia, es decir, de ofrendas absolutamente voluntarias.

3.º Los *Somascos*. Esta congregacion de clérigos regulares se llamó así de una poblacion del Milanesado, y tuvo por fundador á San Jerónimo Emiliano, hijo de un senador de Venecia (1528). Confirmóla Paulo III, y Pío IV la honró con varios privilegios. En 1568, el papa San Pío V la colocó entre las demas órdenes monásticas. La regla prescribia á los somascos una vida austera, la oracion continua, aun durante la noche, la instruccion de los pueblos rurales, y sobre todo la educacion de los huérfanos. Fundaron tambien algunas escuelas superiores en Roma, en Pavia y en otras ciudades de Italia.

4.º Los *Barnabitas*. Eran igualmente clérigos regulares, y tomaron el nombre de una iglesia dedicada á San Bernabé, en Milan, y se reunieron, como los primeros cristianos, para vivir en comun y dedicarse á la enseñanza. Sus fundadores fueron tres caballeros (1530), Antonio Maria Zaccaria de Cremona, Bartolomé Ferrera de Milan, y Jacobo Antonio Morigia. En 1532, Clemente VII confirmó el Instituto, que fué principalmente destinado á hacer misiones en los países cristianos, á la instruccion de la juventud y á la vigilancia de los seminarios. Obtuvo algunas cátedras en las universidades de Milan, Pisa y otras ciudades italianas.

5.º Los *Padres del oratorio*, fundados por el célebre San Felipe de Neri, natural de Florencia. Despues de brillantes estudios y siendo aún muy jóven, se entregó Felipe en Roma á

la instruccion de la juventud y á la asistencia de los enfermos en los hospitales. Allí fundó la cofradia de la santísima Trinidad (1548), acogida por todos tan favorablemente, que á pesar de no tener ni poder contar Felipe mas que con los recursos que quisiera darle la caridad de las almas generosas, edificó un grande hospital para albergar á los pobres peregrinos. Este oratorio (*oratorium*), en el que se leian y explicaban á los peregrinos las Santas Escrituras, pronto fué demasiado estrecho, por cuya razon Paulo IV donó al santo fundador una iglesia mas capaz (1558). Los padres del oratorio, autorizados por Gregorio XIII (1574), compuestos de eclesiásticos y legos, y sin votos particulares, se propagaron desde Roma por los demás Estados de Italia. Felipe habia deseado que su sociedad fuese el refugio de los que no se sintieran con bastantes fuerzas para entrar en una orden religiosa. Aun cuando el objeto principal del oratorio fué la instruccion del pueblo, cultiváronse en él desde el principio los más elevados y sólidos estudios. Baronio, Orderico, Rainaldo y Galloni pertenecen al oratorio, que tuvo el gozo de ver á su fundador canonizado por Gregorio XV (1622). Alejemplo de San Felipe Neri, instituyó el cardenal de Berulle en Francia, con cuatro sacerdotes, los padres del oratorio de Jesús (1611), para la reforma y educacion del clero francés; los cuales fueron autorizados por el papa Paulo V (1613), y se componian de incorporados y asociados, y no hacian votos solemnes ni simples. Multiplicáronse rápidamente, y formaron sabios, ilustres y grandes predicadores, como Malebranche, Morin, Tomasino, Ricardo Simond, Bernardo Lamy, Houbigant y Massillon.

6.º La *Congregacion de San Mauro*. La orden de los Benedictinos, tan floreciente y tan activa en otro tiempo habia caido en Francia, como en otras partes, en la tibieza, y habia sido invadida por el espíritu del siglo. Se habia ido empobreciendo en medio de inmensas riquezas. Despues de muchos ensayos, todos infructuosos, Didier de la Cour, prior de la abadia de San Vannes, consiguió reformarla. Colocado joven aún al frente de esta abadia, quiso hacerse digno de este puesto, entregándose asiduamente á los más sólidos es-



tudios en una de las más florecientes universidades. Volvió de ella encendido en celo, y resolvió exhortar á sus hermanos, destituidos de toda cultura intelectual, á dedicarse al estudio y aceptar una reforma que era indispensable. Después de muchísimos trabajos consiguió reformar la abadía de Moyen Moutier, que se unió á la congregación de San Vannes y de San Hidulfo, y á poner en vigor la regla de San Benito. El papa Gregorio XV autorizó esta congregación, en cuyos progresos se interesaba vivamente Richelieu, y que al poco tiempo tuvo ciento ochenta abadías y prioratos conventuales. Además de la regla de San Benito, tenía la congregación algunos estatutos peculiares, y su superior general, que vivía en París, en el monasterio de San German. La virilidad de la congregación se manifestó en la excelente organización que dió á los seminarios, y sobre todo en los profundos sabios que formó, y que, tales como Mabillon, Montfaucon, Ruinart, Thuiller, Martene, Duran, D'Achery, Le Nourry y Martianay, alcanzaron inmortal renombre con sus trabajos sobre los Padres y la historia de la Iglesia.

7.º Los *Carmelitas*. Santa Teresa regeneró esta orden, cuyo espíritu se había ido disipando desde que Eugenio II había mitigado algún tanto los primitivos rigores de su regla. Teresa, hija de un caballero español, y natural de Ávila, en Castilla la Vieja (1515), fué desde sus primeros años muy inclinada á la piedad. Destinada por Dios á guiar á las almas por los senderos de la perfección, aprendió á conocer por su propia experiencia las debilidades é inestabilidad del corazón humano. Por mucho tiempo en lucha entre el celo y la negligencia de sus deberes, ansiando ser de Dios y á la vez inclinándose hácia el mundo, al fin fué arrancada á este estado de incertidumbre, después de un terrible combate que ella misma describió con grande sinceridad, como en otro tiempo San Agustín, en la historia de su vida. Descúbrese en ella el conjunto de la más exquisita sensibilidad y de la inteligencia más luminosa. En el oficio de la Santa, la Iglesia llama celestial la doctrina contenida en sus escritos, y es seguro que ha sido ella el único guía que han teni-

do muchísimas almas privilegiadas. Autorizada Teresa por Pío IV, empezó en 1562 á reformar los conventos de monjas de la orden de los Carmelitas, en cuya tarea encontró la más violenta oposición; aunque con el valor de que el Señor la había dotado iba venciendo siempre todos los obstáculos. Su reforma alcanzó también á los conventos de hombres, que eran los que al principio (1538) se habían pronunciado más enérgicamente contra ella, gracias al heroico concurso del seráfico Juan de la Cruz, cuyas obras místicas son aún más notables que las de Santa Teresa (m. 1582). Los carmelitas descalzos, hombres y mujeres, se distinguieron por su cuidado en asistir á los enfermos é instruir á los ignorantes; y su reforma se propagó al poco tiempo por casi todos los países católicos.

8.º La *Orden de la Visitación*. Fué fundada asimismo por el concurso de dos almas santas, unidas en el Señor, San Francisco de Sales y la baronesa Francisca de Chantal. Francisco nació en el castillo de Sales, en Saboya (1567), y después de una educación muy cristiana y de una sólida instrucción, estudió el derecho en la universidad de Pádua, donde tuvo por confesor á un hombre lleno del espíritu de Dios, el jesuita Posevino, cuyas sábias conversaciones revelaron al joven estudiante que las plagas que á la sazón afligían á la Iglesia, provenían principalmente de la corrupción del clero. Encendido Francisco en deseos de servir á Dios, resolvió abrazar el estado eclesiástico, á pesar de la resistencia de su familia, que quería casarlo, y le tenía destinado un rico enlace. Las virtudes, la piedad y la vida enteramente espiritual del santo sacerdote hicieron que á poco fuera elegido obispo de Ginebra. Con su afectuosa y popular elocuencia convirtió á miles de herejes al seno de la Iglesia, y sus escritos, rebosando unción, gracia y originalidad, guiaron á muchas almas, fieles aún, por los verdaderos caminos de la perfección cristiana. La congregación de mujeres que fundó, de acuerdo con Santa Francisca de Chantal, en Annecy, en Saboya (1610), no obligó al principio á sus miembros á las reglas invariables de la vida común, y tenía por objeto principal la asistencia de los



enfermos. Sin embargo, más adelante le impulsó San Francisco la regla de San Agustín, con constituciones particulares, y Paulo V la erigió en Orden religiosa (*de Visitazione B. M. B.*, 1618). Antes de morir vió el Santo ochenta y siete casas de su orden fundadas en Saboya y en Francia, y pronto se propagaron por Italia, Alemania, Polonia y España.

9.º Las *Ursulinas*, fundadas hácia los años de 1537 por Angela de Brescia, una de esas vírgenes angelicales que cifran toda su delicia en olvidarse á sí mismas para socorrer todas las miserias. Con este espíritu de abnegación se consagró Angela primero á la salvación de las mujeres perdidas, y más tarde se unió con otras almas santas, poniéndose todas bajo la protección de Santa Úrsula. Las asociadas debían vivir en la casa de sus padres, asistir á los enfermos indigentes y dirigir la educación de las niñas pobres. Con el tiempo se organizaron en orden religiosa, la cual confirmó Paulo III (1544), autorizándola para que pudiera modificarse según los tiempos y las circunstancias.

El objeto principal de la orden debía ser la educación de las mujeres. Magdalena de Sainte-Beuve la propagó en Francia (desde 1604), donde al poco tiempo se le confiaron hasta los más tiernos niños. Todos los países católicos la acogieron con extraordinario gozo. Descubriese el mismo espíritu é igual tendencia en la congregación francesa de *Padres de la doctrina cristiana*, fundada por César de Bus, confirmada por Clemente VIII (1598), y que, después de haberse reunido con los Somascos (1616-47), formó una sociedad de presbíteros seculares, ligados con votos simples. Lo mismo sucedió con las *Hermanas de las escuelas del Niño Jesús*, reunidas por el franciscano Nicolás Barré (1681), que instituyó seminarios de maestras que debían enseñar gratuitamente.

10. Los *Piaristas (Escolapios)*, que rivalizaron en celo con los jesuitas, tuvieron también por objeto la educación de la niñez, y por fundador al español José de Calasanz (m. 1648). Habiendo dimitido éste las funciones de vicario general del obispado de Urgel, se había ido á Roma, había llevado allí una vida en extremo

mortificada y edificante, se había distinguido por su celo en socorrer corporal y religiosamente á los enfermos, durante una larga epidemia, y se había tomado un cuidado enteramente paternal por los pobres huérfanos. Con la aprobación de Clemente VIII (1600), fundó una congregación de presbíteros seculares para la instrucción de los niños. El favor de Paulo V y de Gregorio XV dió á esta congregación el carácter de orden religiosa (*ordo Patrum scholarum piarum*), cuya misión fué educar á la juventud en la piedad y la ciencia.

11. Los *Hermanos de la Caridad*, fundados por el portugués Juan de Dios, que había nacido en 1495, y que hasta la edad de cuarenta y cinco años llevó una vida enteramente disipada. Hallándose entonces en Granada, se convirtió y se consagró todo entero á la asistencia de los enfermos (desde 1545). Sus heroicos esfuerzos para imitar por medio de su activa caridad la misericordia del Señor, le hicieron dar el sobrenombre de Juan de Dios, como le llamaban el arzobispo de Granada y el obispo de Tuy. Murió en 1550, pobre en bienes de este mundo, pero riquísimo en buenas obras. Sus amigos las continuaron, ligándose más estrechamente con los tres votos monásticos y la obligación de cuidar gratuitamente de los enfermos en los hospitales. En 1617, Paulo V aprobó la orden de los Hermanos de San Juan de Dios, que prestó muy eminentes servicios en todos los países católicos, mostrándose no menos generosa con los herejes, á quienes sus constituciones les obligaban especialmente á socorrer. Urbano VIII canonizó al fundador en 1630.

12. Los *Sacerdotes de la Misión*, que hasta cierto punto debían concentrar y realizar el objeto de todas las congregaciones precedentes, fueron, en efecto, casi siempre los más sólidos apoyos del cristianismo. Su fundador fué San Vicente de Paul, natural del pueblo de Pouy, en la falda de los Pirineos, hijo de padres pobres, pero piadosos (1576). Empezó su vida guardando ganados, hasta que juzgando sus padres que su viva inteligencia y la bondad de su corazón lo llamaban á otra cosa algo más elevada, lo colocaron en un convento de fran-



ciscanos (1588), donde recibió la instrucción y pudo asegurarse de su vocación eclesiástica. Después de haber estudiado en la universidad de Tolosa, fué ordenado de sacerdote (1600) (*en Barcelona*), fué maestro en Buzet, y entre otros discípulos tuvo á los dos sobrinos del célebre defensor de Malta, el gran maestre Juan de La Valette. Sus ocupaciones no le impidieron seguir cultivando las ciencias, y en 1604 recibió el grado de bachiller. En un viaje por mar desde Marsella á Tolosa (1605), cayó con sus compañeros de embarcación en poder de unos piratas que lo llevaron á Túnez y lo vendieron. Vicente logró convertir á su tercer dueño, un renegado de Niza, al cual hizo entrar en un convento de los Hermanos de la Caridad en Roma, después de su común regreso á dicha ciudad de Niza. En 1609, la embajada francesa en Roma lo envió al rey Enrique IV, y después de varias pruebas, fué admitido entre los eclesiásticos al servicio de la reina Margarita. No conviniendo á la actividad y celo de Vicente los ocios demasiado grandes que le dejaban sus nuevas funciones, entró en la Orden recientemente fundada por M. de Berulle; por recomendación de este piadoso personaje fué nombrado cura de Clichy, y más adelante encargado de la educación de los hijos del conde de Gondy, general de las galeras del rey. Nada se escapó en este puesto á la encendida caridad de Vicente, que se ocupaba alternativamente en instruir á los hijos de Gondy, en edificar á sus padres con sus ejemplos y consejos, en administrar con mucha discreción su inmenso patrimonio, y en asistir á los enfermos y catequizar á los pobres. Aquí fué también donde después de haber oído la confesión general de un enfermo, que gozaba de la estimación pública sin merecerla, concibió el proyecto de las misiones de Francia, en cuya realización se interesó la piadosa condesa de Gondy para que sus dominios recogieran los primeros frutos. Nombrado más adelante para el curato de Chatillon, desplegó Vicente en él una actividad prodigiosa, é hizo cosas, cada una de las cuales parecía reclamar toda la vida de un hombre. Fundó el instituto de las *Hermanas de la Caridad ó Hermanas Grises*, á quienes dió

después una regla (1618) y encargó el cuidado de los hospitales. Ocupóse en mejorar la suerte de los infelices detenidos en las galeras, de las cuales fué nombrado superior general, cuando su infatigable celo lo dió á conocer en la corte de Luis XIII.

A instancia de su amigo San Francisco de Sales, consintió igualmente en encargarse de otra obra enteramente distinta, aceptando la dirección de las señoras de la Visitación en París (1620). En fin, el proyecto que había concebido de fundar misiones que, sujetas á la autoridad de los obispos y con el consentimiento de los párrocos, debían evangelizar al pueblo de los campos, se realizó también, gracias á las liberalidades de la familia Gondy, á las cuales se fueron muy pronto juntando nuevas y más ricas dotaciones. En 1627 Luis XIII autorizó los sacerdotes de las misiones de Francia, y en 1632 los reconoció el papa Urbano VIII, encargando al mismo tiempo á su piadoso fundador que les diera una regla. Previendo Vicente de Paul que el éxito de estas misiones sería muy pasajero, si el clero parroquial no continuaba su obra con celo y perseverancia, y no pudiendo desconocer la decadencia de este clero, de acuerdo con muchos obispos instituyó, para despertarlo de su fatal letargo, severos exámenes, ejercicios espirituales y conferencias para la predicación. Después de la muerte de la condesa de Gondy (1625), conoció Vicente una señora tan distinguida por su corazón como por su talento, Luisa de Marillac, viuda de Mr. Le Gras, cuya vocación estuvo poniendo á prueba por espacio de cuatro años, nombrándola después de esto superiora general de todas las comunidades de Hermanas de la Caridad (1629). Su Orden de misioneros, que estableció en la casa de San Lázaro de París, por cuya razón son conocidos en algunas partes con el nombre de Lazaristas, se propagó con una rapidez, que sólo se explica teniendo en cuenta su infatigable actividad. Extendióse también la orden á algunos seminarios de los que se iban fundando entonces en varias provincias, conforme á las prescripciones del concilio de Trento, confiando la dirección á los sacerdotes de las misiones.



Más adelante los envió á Italia (1642), á Argel, á Túnez, á Madagascar y á Polonia, donde habían sido llamados por la reina María Luisa, esposa del rey Casimiro, y donde se presentaron durante una peste y hambre, cuyas primeras víctimas fueron el jefe mismo de la misión, Lambert, y su sucesor Ozenne. Vicente de Paul hizo por sí mismo misiones hasta la edad de setenta y ocho años, ocupándose á la vez en fundar en algunos puntos hospitales bajo la invocación del santo nombre de Jesús, y en reanimar el celo de las asociaciones religiosas por medio de conferencias que se celebraban en las casas de su orden, las cuales ejercieron muy feliz influencia en el porvenir. Después de una vida tan activa y meritoria, alcanzó Vicente de Paul la corona de justicia, en el otro mundo, con su santa muerte (27 de Setiembre de 1660), y en éste, con su canonización por Clemente XII (1737).

La caridad y el desinterés de los fieles misioneros del Evangelio no se ejercieron tan sólo entre los pueblos que hacia ya mucho tiempo pertenecían á la Iglesia cristiana, sino que se extendieron á los pueblos más remotos y más salvajes. Bajo este punto de vista, ninguna orden mostró un celo tan heroico como la de los jesuitas, cuyos individuos, en su mayor parte, no tuvieron más ambición que la de morir en las misiones extranjeras por el amor de Jesucristo. Los descubrimientos de los españoles y portugueses les proporcionaron ocasión y facilitaron medios para ello, y las conversiones que estos atrevidos misioneros emprendieron entre los paganos, fueron extraordinariamente secundadas, y en cierto modo regularizadas, por la institución de la Propaganda, fundada en tiempo de Gregorio XV (*Congregatio de Propaganda fide*, 1622).

Componíase esta Congregación de quince cardenales, tres prelados y un secretario, y con ella se dió un destino seguro y regular á las abundantes limosnas de los católicos para el objeto. Urbano VIII dió á la propaganda un grande edificio en Roma (1627) (*collegium de Propaganda fide*), que vino á ser el seminario de las misiones extranjeras. El ejemplo del papa fué noblemente imitado: la obra se vió

asegurada con ricos donativos; numerosos operarios de todas las naciones formaron su apostolado, y cada año se vió renovarse en Roma, en el domingo después de la Santísima Trinidad, el sublime espectáculo de Pentecostés. Esta fiesta de la Propaganda, en la que se glorifica al Señor en todos los idiomas de la tierra, es una de las solemnidades que mejor expresa y revela la idea fundamental de la Iglesia católica.

La conversión de la India presentó siempre las mayores dificultades, á pesar de las analogías que parece existen entre los misterios del cristianismo y ciertos dogmas de los vedas, como el de la Trinidad, representada por las tres personas de Brahma, Vischnou y Siva, manifestación del Ser primordial, y el de una especie de encarnación en Vischnou. Sin embargo, la doctrina religiosa de los indios, embellecida por los sabios y poetas, había echado demasiado profundas raíces en la fe de los pueblos para permitir fácil acceso al Evangelio. A pesar de hallarse sometido desde cerca de diez siglos el pueblo indiano á la dominación musulmana, conservaba con extraordinario celo sus santuarios, defendía con perseverancia sus ideas religiosas, y, casi indiferente al yugo exterior que lo oprimía, se alimentaba con gozo de los recuerdos de su antigua gloria. Estaba reservado á los generosos esfuerzos de los jesuitas el vencer todos estos obstáculos.

Francisco Javier, cuyo ardiente celo por la salvación de los hombres, la confianza en Dios, el valor y la heroica paciencia, hacen de él un segundo San Pablo, obtuvo autorización del papa y del rey de Portugal, Juan III, y partió para Goa (1542), donde, desde 1510, habían conseguido hacer los portugueses algunas conversiones y efectuado la reconciliación de los nestorianos con la Iglesia. Pero los cristianos de Goa no lo eran más que de nombre, reinando por lo común entre ellos la poligamia, el divorcio y la iniquidad. Francisco vió que era preciso empezar por convertir á los colonos cristianos. Púsose en contacto con los niños, y por este medio llegó á los padres; ejerció luego un poderoso influjo, consoló á los enfermos, socorrió á los afligidos, y con su actividad lo-